

EL JUEGO UCRONICO

Oscar de la Borbolla

UNAM

I

Se han inventado tantas fórmulas para clasificar a los escritores, para entender esa colección caótica de singularidades en que consiste la literatura, que hoy resulta si no imposible, sí al menos muy difícil hablar de lo nuevo: miramos la literatura a través de categorías que, precisamente por hacer inteligibles las obras, por descubrirnos sus denominadores comunes, por hermanarlas, hacen que se nos escape lo nuevo, lo irreductible: no hay ningún león que sea igual a otro, pero lo que tienen de distinto se nos oculta cuando los entendemos, los reducimos o clasificamos como “leones”: el entendimiento, se sabe desde Kant, trabaja sintetizando: es reductivista y cuando tropieza con lo nuevo o no lo ve o propone una clasificación para reducirlo. Para el entendimiento no hay nada nuevo bajo el sol, pues si se entiende no es nuevo.

Lo nuevo es por definición lo que no se entiende: literalmente lo idiota: recuérdese que en griego el vocablo *idios* sirve no sólo para denominar a los tontos adocenados, sino a los individuos peculiares: un idiota es aquel que se sale de lo conocido, de lo común y corriente y, por ello, el idiota es quien descubre o crea lo nuevo. La novedad es, en este sentido, un asunto de idiotas, una idiotez. A mí me importa esta idiotez porque aspiro a ser un escritor idiota, porque, aunque sé que repitiendo se consigue el dominio y con el dominio puede alcanzarse la perfección, para mí el sentido de la literatura no es tanto la perfección como la riqueza, la diversidad de juegos bien jugados.

Julio Ortega me ha pedido que hable de mi idea de lo nuevo; pero yo, él bien lo sabe, no soy un teórico de la literatura que pueda referirse a lo nuevo sin aludir a su trabajo: yo escribo lo que escribo y como escribo por mi idea de lo

nuevo. Sé que la primera persona suena odiosa, pero en este caso es la más honesta: si no creyera en la novedad de la ucronía, así le llamo a lo que hago, escribiría otra cosa. Antes de explicar la ucronía, debo insistir en que, precisamente, por no ser un teórico de la literatura, prefiero no hablar de lo nuevo, sino de lo fértil.

II

¿Qué es la ucronía? A primera vista, la ucronía es un montón de mentiras disfrazadas de verdades con las trampas de la verosimilitud. Hasta aquí, ucronía y literatura concuerdan: ¿qué otra cosa es la literatura en su primera apariencia, sino un conjunto de mentiras? Valga como prueba la opinión de quienes dicen (y he conocido a muchos) que ellos jamás leerán un libro de literatura, pues no les interesa saber lo que haya ocurrido a personas que nunca existieron.

En una segunda mirada, ucronía y literatura se distinguen: la ucronía no es literatura en sentido estricto. Aclaro que no estoy haciendo una confesión de la falta de calidad literaria de mis textos, sino señalando que la ucronía, por disfrazarse completamente de periodismo y por aparecer en las páginas de un periódico, se cree: los lectores de ucronías piensan que se han informado veraz y oportunamente de lo que sucede. Mientras que la literatura, por su parte, no se cree. Y conste que no estoy olvidando la correspondencia que llega, todavía, a Baker Street, ni a quienes buscan en las librerías el famoso *Necronomicon*, ni a los que confundió Cervantes al inventar al historiador Cide Hamete Benengeli, y, sobre todo, no olvido el hecho, penoso para mí, de haber sido en mi adolescencia víctima de una broma de Borges. Cuando afirmo que la literatura no se cree, me refiero a la actitud que adoptamos ante ella: sabemos que son puros cuentos o, como dicen los niños: “es de mentiritas”. La palabra “actitud” la tomo en el sentido de la fenomenología de Husserl: como la intención con la que la conciencia al disponerse de distinto modo ante el fenómeno lo multiplica: el bosque deviene diferente desde cada actitud: es simple madera para el pragmático, paisaje para el pintor o refugio para el perseguido; las distintas actitudes o intenciones multiplican el bosque. Son varias las actitudes que puede haber ante la palabra, pero una es más conveniente que otra de acuerdo con la índole del discurso: la actitud idónea ante la literatura es la que la considera como algo que es de mentiritas, aunque pueda tratarse de una novela histórica o de testimonio: no niego que esté constituida a partir de datos fidedignos, lo que sostengo es que resulta absurda la actitud de creer que cada enunciado de una novela tiene o tuvo un referente en la realidad: se sabe que es creación. Así, la literatura es de mentiritas aunque contenga verdades más atinadas que la filosofía acerca del ser del hombre o datos más precisos que un libro de ciencia y, aunque a veces también, sea tanta su verosimilitud que nos haga caer, como nos hacen caer las pesadillas, convencidos de su realidad. La

literatura no se cree, es ajena a la veracidad y por ello los escritores no son mentirosos, sino ficcionalizadores. La ucronía, en cambio, sí guarda un vínculo directo con la verdad: se espera que sea veraz y, por ello, sus ficciones sí son mentiras, más aún, infidencias flagrantes y yo, en tanto que ucronista, no soy un ficcionalizador, sino un mentiroso.

En una tercera mirada, la ucronía vuelve a ser literatura pero de otro modo: no es cuento, no es relato, no es novela; es un híbrido: un injerto de literatura y periodismo: toma de la literatura sus vuelos y sus fantasmas, y del periodismo sus formas (reportaje, entrevista, artículo de fondo, reseña, etc.) y su intención: informar de lo que ocurre en el mundo. ¿Qué provoca esta mezcla que es la ucronía aparte, claro está, de divertirme? Provoca un tipo de confusión que se inscribe modestamente en la línea trazada por Orson Welles con aquella transmisión radiofónica según la cual los extraterrestres nos invadirían. Pero, aparte del escándalo, ¿qué provoca la ucronía al hacer que la imaginación se convierta en noticia? Provoca que lo imaginario, ese mundo paralelo al nuestro — del que nos enteramos por la literatura, pero en el que no creemos — se conecte con éste y entren los seres de allá con pasaporte de realidad y los de aquí pasen allá al perder la sensatez. Pero esto es engañar a la gente, podrá decir alguien, y yo contesto que sí, que ese es el precio de comunicar dos mundos, porque lo que he intentado es poner un puente no de una ficción a otra, como en lo que se denomina metadiégesis del tipo construcción en abismo, sino un puente que una la ficción con la realidad para hacer que México se convierta en la metadiégesis del texto ucronico, y en alguna medida lo he logrado. Presentaré un ejemplo.

En febrero de 1989 apareció en *Excélsior*, que es el diario en el que se publican mis ucronías, el artículo “El sótano del Templo Mayor” del que me voy a permitir leer sólo un fragmento:

Por más que se había intentado silenciar — no sin razón, pues incluso yo que me considero un defensor a ultranza del derecho a la información no quise difundirlo en su momento —, se ha hecho público el asunto del sótano del Templo Mayor. Al parecer, la causa de que tan lamentable hallazgo haya trascendido finalmente, fue el afán sensacionalista de un equipo de pseudorreporteras que tuvo en más su personal lucimiento que el descrédito que iba a caer sobre el país. La primera información (tenía que ser) se dio en un noticiero televisivo cuyo nombre omito, pues no puedo afirmar que la haya yo visto: hace más de un lustro que, por salud mental y autonomía intelectual, no me planto ante un televisor. Yo me enteré por medio de un amigo: “¿No viste anoche — me dijo — el reportaje acerca del sótano encontrado bajo el Templo Mayor?” La sola pregunta despertó en mí un mezcla de rabia, indignación y pena ajena, pues en seguida me trajo a la memoria una de las experiencias más desconcertantes de mi vida de periodista.

(El texto sigue tres cuartillas más informando al lector del modo accidental en que fue descubierto el sótano muchos años antes, de las razones por las que se había mantenido en secreto y de lo que contenía: objetos dedicados al culto satánico cuya antigüedad estimada era de 18 mil años).

Llamo la atención hacia un par de aspectos que figuran en esta ucronía: un narrador que en apariencia pretende silenciar lo que de hecho está informado y el truco de atribuir a otro medio de comunicación, un noticiario televisivo, el origen de la noticia. Estos dos elementos son, a mi juicio, los factores que dieron al texto no su verosimilitud, sino una veracidad que consiguió borrar 3 años de artículos ucronícos semanales que ya debían haber prevenido a la gente contra mis mentiras, pues la publicación de “El sótano del Templo Mayor” provocó tumultos en el Templo Mayor, personas que exigían se les dejara descender al sótano y un escándalo, ahora sí real, en la radio y en la televisión, ya que muchos periodistas tomaron mi ucronía como fuente informativa y la retransmitieron. Casi 30 cartas de los lectores fueron publicadas en *Excélsior*: algunas demandaban a las autoridades de la Secretaría de Educación Pública, del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de la UNAM una explicación; otros proponían hipótesis para conciliar los conocimientos históricos serios con la antigüedad de 18 mil años del sótano; las hubo en todos los tonos: desde aquellas en las que se alabó mi valentía de dar a conocer un hallazgo contrario a las convicciones en que se asienta nuestra idiosincrasia, hasta en las que me llamaron “reportero mojigato, reaccionario y diabólico”. El relajó duró más de 6 meses y, obviamente, las autoridades se manifestaron: fui desmentido, pero los lectores siguieron creyendo en la autenticidad del sótano, pues extendí mi juego embromando a las autoridades.

¿Qué produjo la ucronía del sótano? Ya lo he dicho a medias: me ref como nunca, se armó un escándalo que se inscribe en la línea de Welles y se estableció un puente de dos direcciones, que vinculó la realidad mexicana con la ficción ucroníca. Pero ¿qué significa este puente?, ¿cuál es su trasfondo de novedad? Porque creo que lo nuevo de la ucronía, o si prefieren lo fértil, está aquí. Ya he mencionado a Borges, a Welles y faltarían muchos: Marcel Aymé, Stanislaw Lem, Unamuno, Pirandello y de los clásicos, ¿cómo olvidar a Sterne y a Cervantes? La autorreferencia y la metaficción existen desde hace mucho y están presentes por todas partes, no es un decir: recuérdense los dibujos de Escher, en particular el que se llama “Galería de Grabados”: es el equivalente plástico del cuento de Cortázar “La continuidad de los parques”: es un dibujo de una galería en la que hay un grabado que contiene a la galería o, Las Meninas de Velázquez que contienen al espectador y, si le creemos al matemático Douglas R. Hofstadter, hasta en el mundo de los números existen estos bucles extraños en la teoría de conjuntos de Cantor y en el teorema de Gödel. Los planos que se comunican, los conjuntos que se autocontienen son abundantes. Pero entre la puerta que comunica un plano de ficción con otro plano de ficción y el puente que vincula la ficción con la realidad hay una diferencia, en esta

diferencia está lo fértil de la ucronía. Para explicarla daré un rodeo que habrá de llevarnos hasta la Segunda Ley de la Termodinámica que dice: “La entropía — cantidad de desorden — de un sistema cerrado siempre aumenta y, cuando dos sistemas se juntan, la entropía del sistema combinado es mayor que la suma de las entropías de los sistemas individuales”. Un sistema es el plano de la ficción; el otro, el de la realidad: la ucronía es el puente que une estos dos sistemas con el propósito de aumentar el desorden: en esta intención está lo fértil de la ucronía: es un tipo de literatura pro entrópica con la que no sólo se desordena la realidad, sino también la ficción: mis proyectos son desordenados por los lectores: ellos cambian mi ruta, des gobiernan mi trabajo, pues me obligan constantemente a hacer ajustes al incorporar su participación: donde mejor puede apreciarse este fenómeno es en mi reciente libro de aventuras ucrónicas *Asalto al infierno*. Ahí, en todos los textos intervienen los lectores en mayor o en menor medida; quizá en el que resulta más evidente es en el que se llama “Amor en 4 capítulos”. Si tuviera que definir la ucronía en pocas palabras diría que es el relajo en serio y por esta razón es literatura esencialmente humorística.

Bajo una cuarta mirada, y será la última, me interesa destacar otro ángulo de la ucronía: llevo 7 años en esta aventura y es lógico que mis intenciones hayan ido variando: el común denominador ciertamente ha sido engañar a los lectores; pero el engaño puede ser algo más que convencerlos de un absurdo; otra manera es procurar un significado vibrátil: cifrar textos que simultáneamente afirmen una cosa y su contraria. Sé que cada obra es distinta para cada lector y que incluso es distinta para el mismo lector si éste la lee en otro momento de su vida; el marco de referencia desde el que cada lector decodifica una obra hace que sea imposible determinar el significado en todos los casos: el escritor busca la precisión, la claridad y hasta la visibilidad para comunicarse, pero desde Gorgias sabemos que es inútil: el texto contiene sólo la mitad del significado que el lector completa. Ante esta situación me he propuesto otra clase de engaño: textos que aceleren los prejuicios de los lectores y que los precipiten convencidos en una u otra dirección: no precisar el significado, sino inducir los significados. En esto creo obrar de forma paralela a quienes se apoyan en el Principio de Incertidumbre de Heisenberg, pues así como en física se descubrió que es más fácil provocar que predeterminar el estado de las partículas, así también creo que ocurre con la semántica de un texto.

En conclusión, lo fértil de la ucronía depende de haber pensado mi trabajo literario a trasluz de algunas propuestas científicas, no para hacer ciencia ficción, sino para ficcionalizar con los modelos científicos. Aquí están abiertas las cartas de mi juego ucrónico.